

Y el séptimo día, Dios creó al contable

Era el sexto día. Existían la luz y la oscuridad, la tierra y el mar, las aves y el resto de los animales y, dentro de este misceláneo grupo, los hombres. Nuestro protagonista, un tal Señor Rockefeller había reunido una cantidad considerable de dinero (lo que un relamido microeconomista actual o un melancólico marxista denominaría *kapital*) y había puesto bajo sus órdenes a un grupo de trabajadores. El Señor Rockefeller había tenido una idea, a nadie en su pueblo se le había ocurrido, se desconocía con exactitud qué se estaba llevando a cabo, pero se percibía en el ambiente que iba a ser algo grande.

Los trabajadores entraban y salían disparatadamente de un nuevo edificio, de amplias dimensiones, que se había erigido a las afueras del pueblo. La turba se arremolinaba en torno a él pues nunca se había conocido semejante mastodonte arquitectónico, pero nadie sabía qué había dentro. Entronado en su silla, el Señor Rockefeller dictaba órdenes de aquí para allá a cada uno de sus secuaces con el propósito de organizar de la mejor manera posible el proyecto que estaba llevando a cabo.

Una gran parte de los empleados traían frutas, verduras y demás alimentos de los huertos y de la zona pesquera; mientras que otros venían de los bosques con maderas que hombres barbudos, con martillos y sierras en las manos, daban forma de objetos cotidianos, como sillas, escritorios o camas.

Cuando el Señor Rockefeller se dignó a permitir la entrada de sus vecinos al edificio, estos fueron dándose cuenta de qué se trataba aquello: era una gran superficie en la que podrías obtener todo aquello que necesitases. “¡Esto va a ser muy cómodo!” pensó algún aldeano al deducir que ya no sería necesario acudir a cada vecino para comprar el producto que necesitase. A su gran idea, el Señor Rockefeller la llamó *empresa*.

Rápidamente, y como él había predicho, la idea fue un rotundo éxito en el pueblo. Todo el

mundo acudía allí para realizar cualquier compra que fuera necesaria. Al principio, el Señor Rockefeller era capaz de retener lo que vendía y los nuevos productos que le entraban, pues, pese a que no era una persona muy organizada, entre sus cualidades destacaba una buena memoria.

El Señor Rockefeller lo tenía todo, se podía decir que disfrutaba de una cómoda y gloriosa existencia, éxito económico. ¿Qué más se podía pedir? Sin embargo, carecía de lo que todo hombre llegado a una edad más necesita, a una mujer a su lado, que le diese cariño y comprensión en todo momento. Era lo que le faltaba para llevar una vida plena. Así pues, diligente como era, se puso a buscar una muchacha que le satisficiera. En cuanto la noticia llegó a oídos de la muchedumbre, no faltaron mujeres que querían entregarse a tal fin, de todas las edades y características. El Señor Rockefeller nunca había tenido predilección por el tema, pues él siempre había tenido la mente ocupada en sus ideas emprendedoras, así que basándose en el puro azar, seleccionó a tres, con las cuales concertó una entrevista para poder conocerlas más en profundidad.

La primera, María, pronto dejó entrever que poco le interesaba la personalidad del Señor Rockefeller. Ella tenía ansia de poder, quería tener multitud de personas bajo su mando, dispuestas a hacer cuanto ella ordenase. Por ello, no tardó en preguntar a su pretendiente que cuántos trabajadores tenía contratados. El Señor Rockefeller le contestó, sin mayor preocupación, que, a medida que el negocio había ido creciendo, había olvidado el número exacto de personal a su servicio. Quitándole importancia al asunto, dijo que se limitaba a pagar lo estipulado a cada trabajador que viniera a pedirselo, siempre y cuando demostrara que realizaba trabajos para él. Y así dio por zanjada la entrevista.

La segunda mujer, Isabel, no descendía de las familias más apoderadas del pueblo sino más

bien todo lo contrario. Pronto empezó a interesarse sobre cuánto ganaba el Señor Rockefeller, cantidad que se presumía que era cuantiosa. Él, disgustado por la actitud de la muchacha, se limitó a responder que cogía cada noche lo que había en la caja y se desentendía de más cálculos. Total, él lo quería para sí, no necesitaba más.

La tercera candidata, Marta, le llamó realmente la atención. Desde el primer momento supo que era bastante más avispada e inteligente que sus dos predecesoras, aunque no tardó en revelar su debilidad. Ella también tenía una idea, estaba interesada en que la alianza matrimonial supusiese también una alianza económica que la permitiese desarrollarla, por ello, se interesó en aspectos más técnicos relacionados con la empresa del Señor Rockefeller.

—¿Cuánto cuesta comprar la fruta a los agricultores? ¿Y mantenerla en el almacén? ¿Cuál es el volumen total de ventas? ¿Cuántos clientes acuden al edificio?— eran preguntas que Marta profería pero que el Señor Rockefeller no supo contestar: *Yo gano dinero. Consigo comer lo que deseo cada día y cada vez me sobra más para poder ampliar mi idea.* Con esta tajante frase se levantó del banco y se dirigió firmemente a su casa. Había fracasado en su búsqueda de una mujer.

Pero la otra faceta de su vida seguía rumbo al norte, siempre creciendo, cada vez eran más los trabajadores a los que pagaba, mayores las dimensiones del edificio y más numerosas las cantidades de alimentos y objetos que entraban (y salían) adentro. Tal era la popularidad del Señor Rockefeller que un día, mientras desayunaba tranquilamente en su porche, se acercó a visitarlo un miembro del grupo de personas que gobernaban los asuntos comunes en su pueblo. Se presentó como Señor Recaudador y, tras interesarse por datos fidedignos y objetivos sobre la actividad del Señor Rockefeller —los cuales no pudo conseguir— le informó de que, de aquí en adelante, debía pagar una cantidad proporcional a sus beneficios en concepto de contribuir a las obras públicas que en el pueblo se estaban llevando a cabo. El Señor

Recaudador también añadió que la cantidad que debiera pagar sería proporcional a la suma de beneficios obtenidos. ¡Desde luego que era una amarga forma de estropear el desayuno del Señor Rockefeller! En un primer momento, delante del Señor Recaudador, este aceptó pues no podía negarse; aunque luego en su fuero interno, debido a que desconocía totalmente el volumen de beneficios que tenía, decidió declarar que no tendría beneficios, resultando, por tanto, la cantidad del impuesto a pagar nula, una práctica que parece que se copió tiempo después.

El apabullante crecimiento se vio truncado por la época de malas cosechas que se sucedió. Cuando la producción de alimentos disminuyó alocadamente, el Señor Rockefeller se dio cuenta de súbito de que el dinero que cada noche quedaba en la caja era cada vez menor. En definitiva, no supo adaptar su nueva producción a la creciente demanda, lo que además le supuso una mayor cantidad de costes. Al tiempo, al no tener dinero para cubrirlos pues nada de esto había planificado, se vio en la tesitura de pedir prestado a los otros hombres de dinero que habían ido creciendo en la ciudad.

El caos económico que tenía el Señor Rockefeller no hacía más que incrementarse, a los cálculos de lo que vendía, de lo que gastaba en producir, de lo que debía a los hombres ricos, de lo que debía pagar al Señor Recaudador, todo no hacía más que confundirse. El Señor Rockefeller ya no podía estar seguro de nada, de si lo que pagaba era justo, de si más o de si menos. Estaba totalmente desinformado. No sabía qué declarar al Señor Recaudador, pues sus pícaras ideas ya no eran sostenibles. En definitiva, el Señor Rockefeller era incapaz de tomar decisiones, se había vuelto un extraño, un desconocido de la empresa, de su propia idea; ignorancia, desinformación y desconocimiento que le llevaría, en lo sucesivo al fracaso económico.

Y, por ello, el séptimo día, Dios creó al **experto contable**.

El caos económico que tenía el Señor Rockefeller no hacía más que incrementarse, a los cálculos de lo que vendía, de lo que gastaba en producir, de lo que debía a los hombres ricos, de lo que debía pagar al Señor Recaudador, todo no hacía más que confundirse